



**VIDA, MUERTE Y MILAGROS
DE SAN ANTONIO DE PADUA.**

VERDADERA Y CURIOSA RELACION, EN LA
 cual se refiere la maravillosa vida y portentosos mi-
 lagros del glorioso San Antonio de Padua; con to-
 do lo demás que verá el curioso.

PRIMERA PARTE.

Buele mi pluma ligera,
 y con su rápido buelo
 rompa en viento, y no le ofendan
 de Apolo los rayos bellos,
 para que pueda escribir
 el natal, vida y portentos
 de San Antonio de Padua:
 para lo cual pido y ruego
 al Padre Eterno me dé
 auxilio, amparo y acierto,

y à la segunda persona,
 memoria y entendimiento,
 la ciencia y sabiduria
 al sacro Espiritu excelso;
 y à los cuatro Evangelistas
 Lucas, Juan, Marcos, Mateo,
 sus plumas, para que pueda
 escribir con mas aciertos
 querubines, serafines,
 los nueve coros supremos,

24

tronos y domiuciones,
que hay en el celeste reyno,
profetas y patriarcas,
que hay en la corte del cielo,
virgenes, santos, y santas,
me ayuden, y aquel lucero
de la esclarecida Virgen,
reyna del empirico cielo,
hija del eterno Padre,
Madre del sol verdadero,
esposa amada y querida
del sacro Espiritu eterno,
pues es hija, esposa y Madre,
refugio y amparo nuestro.
Suplicote, dulce Madre,
norte esclarecido y bello,
palma encumbrada que llega
al trono de Dios supremo,
torre de David hermosa,
escala del verdadero
Jacob, que por ella suben
sacros ángeles al cielo,
alva del sol de Justicia,
fuente, mar y claro espejo,
lucero de la mañana,
luna que crece en misterios,
dad luz à mi humilde pluma,
para que pueda sin miedo
por el mar de tus grandezas,
sacar mas segura al puerto
de claridad, esta historia,
y así en tu nombre comienzo.
En la ciudad de Lisboa,
corte del insigne reyno
de Portugal, residia
un varon muy justo y bueno,
llamado Martin Bullones,
que era de virtud e gemplo,
su esposa Doña Teresa
Tavera, y era no menos

en virtud que su marido:
en fin un hijo tuvieron,
y en el sagrado Bautismo
de nuestra fe le pusieron
Fernando, y apenas tuvo
edad capáz, le pusieron
à aprender aquellas letras
que se han de aprender primero,
y en el néctar de su madre
mamó con instinto cierto
la devocion de la Virgen,
que mantuvo con esmero
toda la vida, y apenas
quince abriles se cumplieron
en él, edad que à los otros
abre los ojos del cuerpo,
por ver las pompas del mundo,
y seguir torpes y necios
el vil gusto de la carne:
él los abrió, pero viendo
los muchos daños que atraen
para huir de todos ellos,
determinó el recogerse
en un sagrado convento
de Canónigos reglares,
que están fuera de aquel pueblo,
de la Orden Agustina,
tomó el abito, y haciendo
profesion à los dos años,
pidió licencia, y contento
fue al convento de Coimbra,
y en él estuvo algun tiempo.
Por esta causa pasaron
predicando el Evangelio
cinco santos religiosos,
y pasaron à Marruecos
à predicar à los moros,
y ellos bárbaros y necios,
por no oírlos predicar,
mil martirios les hicieron,

R. 22.045

y al convento de Coimbra
traxeron sus santos cuerpos,
y en un altar colocados
los cinco santos pusieron.
Fernando por imitarles,
tomó el abito al momento
de san Francisco, y tenía
veinte y seis años, y es cierto,
que porque de él no supiesen,
se mudó con buen intento
su nombre, que era Fernando,
y tomó el de Antonio luego.
Al Africa lo embiaron
à que predicase el rdo,
el Evangelio sagrado
à aquellos bárbaros tercios,
y estandoles predicando,
le acometió con imperio
una grave enfermedad,
que le obligó con anhelo
à embarcarse para España,
y fueron todos los vientos
tan contrarios y furiosos,
que sin saberlo se vieron
en Sicilia, donde supo,
que en ella estaba de asiento
san Francisco, y que en Asia
celebraba en aquel tiempo
capítulo, y san Antonio
aunque no del todo bueno,
quiso ir à hallarse en él,
y acabado se bolvieron
à sus conventos los frayles,
y no hubo en todos ellos
quien lo quisiese llevar,
porque estaba muy enfermo,
y todos por idiota
sin lástima lo tuvieron;
mas él rogó à un religioso
de sublimes pensamientos,

se lo llevase consigo,
y lo llevó à un monasterio,
llamado Monte de Paulo,
y en él estuvo viviendo,
dándose à gran penitencia,
mortificando su cuerpo,
sirviendo à los religiosos
con fregar y andar barriendo.
Despues mandaron que fuera
él con otros compañeros
à la gran ciudad de Forli,
donde dió indicios muy ciertos
de su gran sabiduria,
estudiando con gran celo
la sagrada teologia,
pues fue entonces el primero,
que de su sagrada orden
la leyó en todo aquel reyno.
Eran tantos los prodigios,
maravillas y portentos,
que con sus predicaciones
hacia cada momento,
que no hay pluma que lo escriba,
papel, tinta ni tintero,
con que poder explicar
tan solo un rasgo pequeño.
Qué de hereges no bolvió
à la ley de Dios inmenso!
qué de almas no embió
à gozar de Dios el premio!
qué conversiones no hizo
con sus santos documentos!
Una vez entre otras muchas
estando en un aposento
solo el santo en oracion,
el huesped con grande celo
estuvo acechando al santo,
y vido el cuarto pequeño
con una gran claridad
todo encendido por dentro:

con-

continuólo mirando,
y vido un niño pequeño
sobre su libro, que daba
alegría solo el verlo:
despues en los mismos brazos
san Antonio muy contento
lo romó y lo acariciaba,
dándole abrazos y besos:
mirábale el rostro al niño,
y se quedaba riendo
por un dilatado rato,
y bolvia à hacer lo mesmo.
Por revelacion divina
supo el santo que lo vieron,
llamó al referido hombre
que lo habia estado viendo,
y le pidió que callase,
y le guardase el secreto,
y à nadie se lo dixera,
mientras viviere en el suelo.
Una vez estando el santo
en los heréticos reynos
predicando à los hereges
el sacrosanto Evangelio,
uno huvo muy revelde,
que llamaban Bonibello,
el cual creer no queria
en el santo Sacramento,
y sobre esta rebeldía
à argumentar se pusieron,
al qual el santo bendito
lo venció en muy breve tiempo,
y el herege le pidió
todo de soberbia lleno,
que le hiciera alli milagros,
y el santo de gozo lleno
uno hizo, que quedaron
absortos todos al verlo.
Y fue, que este tal herege
tenia para su empleo

una mula, y en tres días
no le quiso dar sustentos:
el santo despues que huvo
celebrado aquel misterio
de la misa con la hostia
del sacramentado Verbo,
fue donde estaba la mula,
y llegando al sitio mesmo
en donde estaba aquel bruto,
le dixo lo que refiero:
en nombre de este Señor,
que en mi indigna mano tengo
que vengas pronto y le hagas
reverenci-, y à este tiempo
vino corriendo la mula,
y se arrodilló en el suelo;
el herege le ponía
cebada y paja, entendiendo
que con esto el animal
se iria, y no haría aquello.
Viendo tan grande prodigio
los católicos le dieron
à Dios infinitas gracias,
y los hereges soberbios
quedaron al ver el caso
muy confusos y suspensos,
y el amo de dicha mula
se convirtió à la fe luego.
Ea discreto auditorio,
seamos con mucho celo
devotos de san Antonio
de Padua, porque gocemos
por su intercesion, auxilios
de gracia, y despues el premio
de la gloria. Y aqui da
fin al romance primero
Pedro Portillo, y promete
el segundo con empeño,
y decir de san Antonio
su muerte y trance postrero.



SEGUNDA PARTE.

VIDA Y MUERTE DE S. ANTONIO DE PADUA.

Supuesto que prometi
 en la otra parte primera
 referir de San Antonio
 su muerte con elocuencia,
 diré algunas maravillas,
 antes de explayarme en ella.
 Estando el santo una vez
 predicando la fe nuestra
 entre incrédulos hereges
 en las heréticas tierras,
 se juntó un corro de aquellos
 de falsa y maligna secta
 à conversacion del santo,
 diciendo que daba muestras
 de santidad, y uno de ellos
 incrédulo en gran manera,
 traxo un vaso cristalino,
 y un sarmiento en la siniestra,
 y con cólera y con rabia
 dixo de aquesta manera:
 menos que aqueste sarmiento
 al punto no reverdezca,
 y me llene aqueste vaso
 de vino, no creo sea

este santo, como dicen.
 Y por alta providencia
 se llenó el seco sarmiento
 de hojas y ubas, y de ellas
 saltó el vino, y se llenó
 el vaso de tal manera,
 que revosó largo rato,
 y viendo el caso, se aprestan
 muchos de los que lo vieron
 à pedirle à Dios clemencia,
 y juntamente el del vino
 los convocó à que lo hicieran.
 Otra vez en la ciudad
 de Armino, estando en la misma
 predicacion, no podia
 atraerlos à que oyeran
 por la grande muchedumbre
 de hereges que habia en ellas
 y por no querer oirlo,
 se partió con ligereza
 à las orillas del mar,
 que estaba de alí bien cerca,
 y llamó à todos los peces,
 que sus márgenes sustentan,
 al

al punto todos vinieron,
y sacando las cabezas,
con muy seguras palabras
les dixo de esta manera:
oidme todos vosotros,
pues que los hereges niegan
mis palabras, y no quieren
escucharlas ni creerlas.
El santo les llamó hermanos,
y con sosiego y paciencia
escucharon el sermón
que les hizo con presteza
de los muchos beneficios
que Dios les hace en su esfera,
y de las devidas gracias
que se debe à su grandeza,
y como se ha de servir
en premio de las finezas.
Acabado su sermón,
inclinaron las cabezas,
dando à entender que tomaban
su bendición; pero apenas
vieron aqueste prodigio,
todo aquel pueblo le ruega,
que les predique y les diga
mas de la ley verdadera,
y muchos de ellos dexaron
las denegridas tinieblas
de la ley en que vivian,
y à la de Dios se confiesan.
En esta misma ciudad
unos hereges lo llevan
à su casa convidado
un dia porque comiera,
y en el manjar le arrojaron
de veneno larga cuenta:
llegó pues el medio dia,
y le pusieron la mesa,
pero Dios le reveló
antes que el manjar comiera,
como querian matarle,
y que la comida mesma

tenia mucho veneno,
para lograr lo que intentan;
y el santo con gran bondad
despegó con gran modestia
sus honestísimos labios,
y de ello los reprehendiera;
y ellos dieron por disculpa,
que iban à hacer la experiencia
de si era predicador
apostólico, y le empeñan
sus palabras de bolverse
à su fe, como comiera
del manjar, sin que le hiciese
daño, y con esta propuesta
echando la bendición
el santo à toda la mesa,
y comenzando à comer,
acabó, sin que le hiciera
daño ni lesion alguna,
y al punto reconocieron
sus errores, y abrazaron
la ley que el santo venera:
En un convento que estaba
san Antonio de asistencia,
habia un cierto novicio
muchacho de edad pequeña;
éste se huyó del convento,
y el santo abito dexa,
y llevándose un psalterio,
que de san Antonio era:
asi que se halló sin él,
le pidió el santo con veras
à Dios que le revelase
su libro, que por él pens.
Yendo pues dicho novicio
pasando por la rivera
de un rio, le salió un hombre
à su propia delantera,
con una espada en la mano,
y dixo de esta manera:
buelve el libro à san Antonio,
y si no en aquesta selva

he de quitarte la vida,
sin que nadie te defiendan
ahora es preciso el decir,
que aqueste el demonio era.
El novicio se bolvió
à su convento, y le entrega
à san Antonio su libro,
y al mismo santo lo empeña,
para que el padre guardian
el abito le bolviera.
En la ciudad de Bolonia
vivió con mucha riqueza
un principal cavallero,
casado con una dueña
devota de san Antonio,
la qual vivió con gran pena
por causa de su marido,
que era de incapáz prudencia,
dándola mil pesadumbres,
por la ocasion de que era
estéril, y no paria.
Y un dia que la inclemencia
de su inadvertido esposo
la ultrajó en grande manera
sobre lo dicho, aquel dia
en un tierno llanto envuelta
se fue à un sagrado convento
que de san Francisco era,
donde con culto divino
à san Antonio veneran:
entró en su heroica capilla,
diciendo de esta manera:
Santo de mi corazon,
amada y querida prenda,
consuelo del affligido,
remedio del que te empeña,
bien sabéis, amado santo,
la affliccion que à mi me cerca,
y tambien sabéis la causa,
por que la paz se atropella:
pidore, que pues que tienes
el poder de cielo y tierra

en tu mano, le supliques,
que sucesion me conceda,
à ver si mi amado esposo
trueca en amor su impaciencia.
Levantóse la señora,
y humilde en su casa entra,
y al cabo de pocos dias
reconoció de que era
la súplica concedida,
y à su esposo le dió cuenta,
el cual con sobrado celo
la abrazó, y al punto intenta,
que à san Antonio de Padua
se le celebre una fiesta.
Llegó el dia de su parto,
y en vez de un niño, pariera
un pedazo tal de carne,
sin manos, pies ni cabeza.
Al incrédulo marido
le pesó de todas veras
las honras que le hizo al santo;
pero la señora intenta,
que aquel pedazo de carne
en un lienzo se embolviera,
y sobre el altar del santo
luego al punto se pusiera,
al mismo tiempo mandando,
que una misa se dixera
en honra y gloria del santo.
Al punto se le celebra,
y al levantar de la hostia
oyeron que con voz tierna
entre los envueltos lienzos
un niño tierno se quexa.
Acudió toda la gente,
y desembuelven de priesa
los lienzos, y hallan un niño
de peregrina belleza,
todo parecido al santo,
y à su madre se lo entregan,
la qual recibió tal gozo,
que à compararse no llega,

y al instante de la cama se levantó sana y buena: tambien su querido esposo su incredulidad destierra, pidiendo perdon al santo, y haciendole ricas fiestas, siendo tambien su devoto, como su esposa lo era. Otra vez estando el santo en Padua, segun se cuenta, le reveló el mismo Dios, que su mismo padre era acusado falsamente por una muerte, y que cerca estaba ya de la muerte, siendo de horca la sentencia; pidióle el santo al guardian por solo un rato licencia, y desde Padua à Lisboa fue llevado con presteza por un ángel, y à la casa del governador que era fue y le dixo estas razones: Señor, por las llagas mismas de Jesucristo te pido, que suspendas la sentencia de ese hombre, que inocente está de la muerte hecha. El governador le dixo: el consejo así lo ordena, y no puede en ningun modo contradecir la sentencia. El santo le suplicó lo siguiese hasta la iglesia, y llegando al sepulcro, mandó que de él saliera el difunto, y al instante salió, y con gran reverencia el santo le preguntó, si en algo complice era en su muerte el desdichado,

que ya à ajusticiar lo llevan? El resucitado dixo, que no, y al punto en la tierra del sepulcro se volvió; y el santo sin que supieran quién era, desaparece, y fue à Padua con presteza. Volviendo à darse de nuevo como antes con frecuencia à su predicacion santa, fue la postrera quaresma que vivió, y quedó tan débil de las muchas penitencias, que le obligó à aparejarse para la hora postrera. A un lugar muy solitario dos compañeros se lleva, y en él instantáneamente le sobrevino (qué pena!) una grave enfermedad, que le obligó con presteza recibir los Sacramentos de nuestra madre la iglesia. Antes del transito estuvo la imágen de Cristo expuesta à su vista, y conversando con su Magestad, entrega el alma à su criador, y al reyno suyo la lleva, para que sea à su vista amada y querida prenda. Ya murió aqui san Antonio, de Padua luciente estrella, pero aunque murió, no olvida al que fino de él se acuerda. Roguémosle muy devotos, que con su niño interceda, nos dé gracia en esta vida; para gozarle en la eterna. Y Pedro Portillo dice, que abierta la plana queda.

F I N.

EN VALENCIA: Por la Hija de Agustín Laborda, en la Bolsaría